

¿Rusos? ¿Judíos? ¿Judíos rusos?

Entrevista con Alexander Solzhenitsyn. *Novedades de Moscú*, núm. 50, 24-30, diciembre de 2002.

*Victor Loshak. Antes de que publicara su primer libro, sostuvimos una conversación y fue evidente que ya tenía listo el segundo tomo, que tan sólo le quedaba una semana de trabajo. Sin embargo, ha pasado ya un año y medio, ¿a qué se debió la tardanza?*¹

Alexander Solzhenitsyn. No me quedaba una semana de trabajo, sino mucho más. Además, Natalia Dmitrievna (la esposa del escritor) comenzó una revisión a fondo: todas las citas debían ser cotejadas teniendo en cuenta el contexto más amplio. Fue un trabajo infernal, porque debimos buscar otra vez las fuentes, encontrar estas citas y leer varias páginas del texto del que provenían. Y hay más de millar y medio de citas. Muchas. Aparte de que no fue lo único que hicimos ese año. En total han sido doce años de trabajo. Comencé en 1990 y durante toda la década escribí y publiqué muchas otras cosas.

V. L. Antes de pasar al segundo libro quisiera comentar que nuestra primera conversación suscitó una amplia respuesta del público lector. Uno de los motivos fue el hecho mismo de publicar un libro sobre los judíos rusos, pues incitaría mayor antisemitismo.

A. S. Debo decirle que, realmente, entre las primeras reseñas hubo mucha crítica, y por el ritmo en que aparecían era posible pensar que no sólo eran motivadas por el libro, sino por el solo hecho de que me hubiera atrevido a tocar ese tema.

* Traducida del ruso por José Manuel Prieto.

¹ Se trata del primer tomo de *Dvestiliet vnieste* (dos siglos juntos), Moscú, Russkii Put, 2001. El tomo II salió en 2002 (N.D.L.R.).

Ahora, después de haber visto un gran volumen de reseñas, incluidas las más recientes, puedo decirle que, al contrario, muchos lectores consideraron interesante y útil que yo escribiera semejante libro. Muchos lectores judíos me enviaron su agradecimiento. “Gracias por su interesante libro, aprendimos mucho de él”. Las reseñas posteriores fueron más sopesadas, reflexivas. Y hace poco la revista israelí, *Tiempo de buscar*, publicó una reseña de Alexander Eterman que me dio mucha satisfacción, porque es justo lo que esperaba encontrar, es decir una comprensión mutua. Una mano me fue tendida. Un artículo muy valioso que considero una contribución a mi libro.

Estoy absolutamente en desacuerdo con que mi libro haya provocado cierta tensión. Al contrario, las tensiones han sido superadas, es hora de hablar tranquilamente sobre todo este tema.

V. L. Usted cita un pasaje de los diarios de Dostoyevski: “la última palabra sobre esta tribu está todavía por decirse”. Cuando terminó de escribir su libro, ¿tuvo la sensación de haber dicho usted esa última palabra?

A. S. No, sería una pretensión demasiado grande. No tengo esa percepción. Sólo puedo decir que si hay una última palabra sobre este tema, por lo visto será dicha en el futuro, no nos toca a nosotros.

V. L. No sé si entendí correctamente. En los primeros capítulos que tratan el periodo revolucionario, usted descifra los apellidos judíos de muchos revolucionarios, y calcula cuántos de ellos hubo en los órganos de gobierno, para, en los últimos capítulos, al hablar de cuán necesario es un arrepentimiento nacional, demostrar que los judíos no tienen sólo cosas por las que quejarse del poder soviético, sino también algunas que exigen su arrepentimiento.

A. S. Tiene usted toda la razón, ambas cosas.

V. L. Usted introduce una palabra que caracteriza la atmósfera revolucionaria, al decir que el asunto no radica sólo en la nacionalidad (se refiere a los bolcheviques de distintas nacionalidades), sino principalmente en el carácter nacional. ¿Qué quiere decir con esto?

A. S. La ausencia de todo sentimiento nacional. Las ideas internacionales. Esta fue la base del bolchevismo durante muchos años. Esto es lo que llamo la ausencia de un sentimiento nacional.

V. L. *Usted abordó un tema en el cual muy a menudo utiliza los siguientes términos: “espíritu”, “conciencia”, “destino histórico”, ¿no le molestó esta falta de concreción al trabajar en su libro?*

A. S. No sólo no me molestaba, sino que fue parte de la idea del libro, que pretende penetrar los sentimientos, la psicología del judío, es decir, su componente espiritual.

En este sentido, no persigo un fin científico, sino artístico. Sólo que aquí no hay dos o tres personajes novelísticos, sino una multitud de personajes con los más variados sentimientos y pensamientos. Y para penetrar en ellos no basta sólo la concreción. No, toda vez que considero al espíritu y a la conciencia lo más importante en la historia de la humanidad.

V. L. *Noté que en el segundo tomo la pasión del escritor sobrepasa la distancia del investigador. Cuando escribe sobre los bolcheviques, sobre Stalin, aparecen más colores, matices...*

A. S. Así es. Todo el tiempo debí embridar mi pasión de escritor, porque hubiera violado mi derecho a utilizar la gran cantidad de citas. Mis intervenciones no podían funcionar como parches. Desde el punto de vista del lenguaje, no pude soltarme mucho en el libro, sin embargo, tuve una amplia cosecha de tipo psicológico.

V. L. *Tengo la impresión de que le resultó más interesante escribir esta segunda parte.*

A. S. Estoy de acuerdo. Me sentí más cerca, en mi época. En el primer tomo abordé una historia más lejana, en el segundo ya soy un participante.

V. L. *En el libro hay un ensayo bastante largo sobre Alexander Galich, con muchas citas. ¿Por qué le interesa tanto? La figura histórica de Galich no guarda proporción con el espacio que se le dedica. Se tiene la impresión de que sostenía cierta discusión personal con él.*

A. S. Galich aparece como un representante típico de toda una tendencia social. Es más cómodo no presentarlo abstractamente, con palabras generales, sino en el ejemplo de una persona concreta, con sus propias palabras. No figura en el libro como un personaje especialmente escogido, sino como un representante de cierto estado de ánimo social. Aunque, lógicamente, al hablar sobre él no puedo obviar sus sentimientos personales, incluido su arrepentimiento. Pero no lo conocí personalmente.

El libro me hizo hacerme preguntas: ¿es posible juzgar a todo un pueblo?, ¿si una persona nació con el nombre de “ruso”, está obligada a responder por toda la nación?

Aunque es algo que la gente hace con frecuencia, no es muy conveniente. En los planos social y espiritual no debe hacerse. Pero para simplificar, la gente juzga en categorías simples: las mujeres, por ejemplo, esto y aquello..., aunque ¿cómo juzgar a todas las mujeres en general? O bien: los viejos son así. Son juicios pragmáticos, pero que no resisten el análisis.

V. L. Pero después de este libro me quedo con la impresión de que usted tiende a hablar de una nación en general. Si una persona nace con la anotación “ruso”, judío, kazajo, ¿toda la vida deberá responder por su nación? También usted se hace esta pregunta: ¿cómo atreverse a emitir un juicio sobre toda una nación?

A. S. A pesar de que en la práctica las personas emiten juicios sobre las naciones en general, no se trata de un nivel muy elevado. Cuando se refieren a un nivel de responsabilidad o artístico, es imposible hacerlo. Pero, para simplificar, la gente emite juicios sobre categorías completas de personas. Dicen: “las mujeres, esto y lo otro”, pero ¿acaso es posible emitir un juicio sobre todas las mujeres? O bien, los viejos suelen comportarse de esta forma, los ingleses de esta otra, son juicios simplemente pragmáticos, que las gentes usan pero que no soportan un análisis serio.

V. L. Pero después del libro me quedó la impresión que tiende usted a hablar de toda una nación.

A. S. No, no emito juicio alguno sobre nación alguna. Siempre distingo entre las diferentes capas de los judíos. Es algo presente a lo largo de todo el segundo tomo. Hay unos que se lanzaron de cabeza a la revolución, y otros que, al contrario, intentaron mantenerse al margen, apartar a la juventud y permanecer ellos mismos en la tradición. Otros más trabajaron en el enorme complejo militar industrial de la URSS, como simples trabajadores. Y creo que no hay un juicio emitido sobre toda la nación judía. Creo que es algo imposible en un plano elevado, espiritual.

V. L. Otro detalle. Jamás encontré datos sobre la carta con la crítica a los “nacionalistas burgueses judíos”, que el Agitrop obligaba a firmar al comienzo del caso de los médicos, a famosos científicos y personalidades culturales, judíos ellos también.

Aparte de que, como usted mismo escribe, ya se habían reunido decenas de firmas, entre las que figuraba la de Landau, Dunaevski, Guilels, Oistrach, Marshak. Esta carta, sin embargo, no fue publicada.

A. S. No apareció en el *Pravda* porque el asunto de los médicos se desarmó y Beria comenzó a llevar adelante su propia línea. Pero fue publicado en 1997, en la revista *Istochniki*, del archivo del presidente de Rusia.

V. L. Usted habla con mucha calidez y respeto sobre aquellos siete que salieron a la Plaza Roja para protestar contra la invasión a Checoslovaquia. Y fueron directo a las fauces de la KGB. Cuatro de ellos eran judíos. ¿Piensa que es una coincidencia o era la gente más ofendida? Por otra parte, usted se refiere a cierta sensibilidad especial judía ante los problemas...

A. S. No eran ofensas personales, claro está. Sino sensibilidad. Los judíos constituyeron una parte importante de la disidencia. Y la salida de estas siete personas fue organizada, se pusieron de acuerdo, se hablaron. En esto influyó esta sensibilidad hacia los problemas generales, y la situación particular en el medio disidente, en donde nació la idea de esta manifestación.

V. L. Doscientos años juntos. El principal llamado de su libro: necesitamos, desde un punto de vista moral, la verdad sobre nuestra larga vida en común. Pero, ¿quién lo necesita? ¿La historia? ¿Las dos naciones?

A. S. Cualquier persona necesita la verdad desde un punto de vista ético. Cualquier verdad. Por mucho tiempo el tema judío se ha considerado prohibido, es algo de lo que se burló brillantemente Zhabotinski en su comentario al artículo de Osorgui: “Hay quien piensa que el mejor favor que nos pueden hacer nuestros amigos rusos es no mencionarnos jamás en sus pláticas”. Y más o menos este sentimiento fue el que conservaron los judíos en la Unión Soviética. Pero al finalizar la retención forzosa de los judíos en Rusia, después de que comenzó la salida masiva y voluntaria, ha llegado el momento en que podemos hablar abiertamente de este tema. Yo, personalmente, me siento libre y seguro de que no provocaré a los judíos ningún daño social. Por eso me asombra la gran cantidad de reseñas airadas, llenas de odio.

V. L. Lo que me asombra, Alexander Isaevich, es que usted lea las reseñas y siga la recepción del libro.

A. S. Conservé una imagen general, del principio, pero, lógicamente, no leo cada una de las reseñas.

V. L. *Una pregunta personal. ¿Cómo reaccionaba cuando la canalla de la KGB le llamaba Solzhenitser y lo hacía aparecer como judío?*

A. S. Siempre recibía todo con una frialdad olímpica, cualesquiera que fueran sus acusaciones, a veces Solzhenitser, a veces, por el contrario, me acusaban de antisemita. Sabía que todo se les estaba yendo de las manos, que no encontraban de qué agarrarse.

V. L. *Usted ha acuñado la siguiente fórmula: “un círculo de ofensas”. ¿Se refiere usted a un círculo de ofensas mutuas, que impiden ver las cosas con calma?*

A. S. Un círculo donde ya es difícil distinguir dónde está el comienzo y dónde el final, pues se forma una línea cerrada que dificulta la investigación. ¿Por dónde comenzó la discusión y cómo se fue desarrollando?

V. L. *Después de que usted puso punto final en un año determinado, apareció el uso masivo de la internet, que también ayuda a la asimilación y a la desaparición de lo nacional. En el mundo aparecen con gran velocidad nuevas relaciones. Usted no se propone calificarlas, pero, ¿cuáles piensa que sean sus principales momentos, sus principales características?*

A. S. No por casualidad detuve mi libro ante el gran éxodo de los judíos. En el epílogo digo que tardé en darme cuenta de que éste sería mi límite. Mi plan era el siguiente: partir desde la segunda inclusión de los judíos en Rusia, en 1795, y llevar el libro hasta la mitad de los años noventa. Pero, en primer lugar, el éxodo me convenció de que los doscientos años ya habían pasado; en 1772 los primeros 100 000 judíos fueron incorporados a Rusia, y en los setenta del siglo XX, comenzó el éxodo. No llegué hasta los años noventa, antes que nada, porque es imposible seguir la historia de la contemporaneidad. Muchas cosas pasan entre bastidores, no se publican, sus detalles serán conocidos dentro de veinte o cincuenta años, por lo que es imposible escribir con seriedad sobre el asunto.

V. L. *¿Le resulta imposible a usted en particular, o piensa que es imposible ser historiador hoy en día?*

A. S. Ser historiador del día, es imposible. Y también me resulta imposible en lo particular, porque estoy al final de mi vida. No sigo la internet, le soy

franco, es un fenómeno enorme que tendrá sus consecuencias. Y la asimilación es un proceso cultural. No es tan fácil tomar esa idea y desarrollarla en internet. La asimilación es algo que ocurre dentro, un proceso complejo. Pienso que no es algo que se esté dando con facilidad en el mundo. Todavía las naciones tienen su importancia, su peso, están divididas. Aunque, lógicamente, el proceso de internacionalización está ocurriendo. Pero no podría juzgar cuál será su desarrollo.

V. L. Se tiene la impresión de que el mundo puede convertirse en un crisol donde se fundirán todas las naciones o bien, por el contrario, todas se dividirán debido a las diferencias económicas

A. S. No creo que tengamos un crisol. Y parece que la división seguirá dándose, ya hoy es visible la gran diferencia de bienestar. Como si dos tipos biológicos habitaran la Tierra. Y es mejor que las naciones no desaparezcan. La humanidad deber ser multicolor, aunque no por el color de piel, sino en el sentido de todos los colores de impresión, la multiplicidad de culturas. De otra forma sería muy aburrido. Si el crisol funcionara, se haría muy aburrido vivir.

V. L. ¿Cómo evalúa las relaciones entre las naciones en Rusia hoy en día?

A. S. Lo cierto es que tras la descomposición de un imperio de muchos siglos y después de años de vivir bajo un régimen comunista, podrían haberse esperado muchos encuentros sangrientos. Quizá recuerde que a principio de los noventa se temía mucho que se repitiera la variante yugoeslava. Ahora parece haberse olvidado que estuvimos al borde del abismo. De cualquier modo nos alcanzó la guerra en Chechenia, aunque su origen no esté en el odio entre naciones, al menos de parte de los rusos. Fueron otros los impulsos. Y claro, cualquier tensión entre naciones es muy peligrosa, siempre hay que buscar la manera de aliviarla, buscar soluciones.

V. L. En el libro se habla mucho de Israel. Pero usted mismo reconoce que no se convertirá en la patria de todos los judíos, que no vivirán en él la mayoría de ellos. ¿Esto es una tragedia de Israel o una tragedia del pueblo?

A. S. Al estudiar el tema de los judíos, presté mucha atención al tema de los judíos compenetrados con la cultura rusa, pero que de todos modos emigraron. Me interesé en ellos, los cité, y claro está, su vida en Israel la veo como una continuación de estas relaciones entre rusos y judíos. Pero desde el co-

mienzo me puse como condición que sólo estudiaría el problema en Rusia. Y en relación a qué decidirán los judíos, podemos ver que lo hay por todas partes, inclusive en Rusia, aunque ya nadie los detiene a la fuerza; viven también en los Estados Unidos, y en Israel, donde siempre vivirán. Un destino tan complejo como el de los judíos siempre estará presente, nunca será simple.

V. L. Tras haber terminado este libro, ¿a qué se dedicará?

A. S. Tengo cosas sin terminar, debo acabarlas. Tengo cosas para publicar, algunas se publicarán después de mi muerte. No comienzo nada nuevo. También tengo un trabajo largo, *La colección literaria*. Ya he publicado algo y seguiré haciéndolo. Puedo seguirla en cualquier momento, o dejarla. No tiene una forma acabada, son reflexiones sobre ciertos autores o sobre ciertos libros. Mi opinión como escritor.

(Natalia Dmitrievna intervino para decir que este libro es único. No se trata de la opinión de un crítico, sino la de un lector que, por casualidad, se convirtió en escritor. Son opiniones muy generosas).

V. L. Trabajó mucho en ese libro, y por fin le puso punto final, ¿se siente aliviado?

A. S. Claro. Porque era una gran responsabilidad. En cada página, en cada cita abordé los pensamientos y el mundo de los judíos en la cultura rusa, de personas altamente inteligentes, comencé a verlos como a personajes de una novela, muy cercanos. Pero si hubiera sabido cuánto trabajo requeriría, quizá no lo hubiera hecho. No imaginaba que me llevaría tanto trabajo.

EPÍLOGO

Posiblemente Alexander Solzhenitsyn nunca fue tan criticado por uno de sus libros. Los antisemitas vieron en el primer tomo una predisposición hacia los judíos. Los críticos liberales vieron un libro nacionalista, que avivaba las pasiones.

Puedo suponer que si el primer tomo, que llega hasta la revolución, levantó tales pasiones, ahora que el libro llega hasta avanzado el siglo XX, lo criticarán con armas de todo calibre.

Dos veces me entrevisté con Solzhenitsyn y su esposa tras la salida de cada libro, y puedo decir que este libro no puede verse como un leño más lanzado a la hoguera rusa levantada para determinar quién es el culpable, cuando falta el agua en casa.

El punto de vista de Solzhenitsyn no es de alguien preocupado por lo doméstico. Es una tarea desprovista incluso de la vanidad del escritor: sin interesarle nuestra aprobación, ha querido actuar de árbitro en una discusión que dura siglos. Y no le interesa si quedó alguien en el ring, o si los judíos rusos que viven en la cultura rusa, se han asimilado completamente, o si los antisemitas seguirán repitiendo sus mismas cantilenas, aunque en la Tierra no quede un solo judío.

En este libro en el que se evalúa a los zares, a Jruschov, a Beria, a Galich, a Zhabotinski, en el que se cita desde Lenin y Stalin a Grigori Pomerantz y Lidia Chukovskaya, su autor se introdujo en el campo minado del tema judío. Y avanzó por él con toda calma. Quizá porque no haya mina capaz de hacer volar por los aires todo su peso y autoridad. ❧